

posiciones, con un diario ruso que le conocía, con una revista rusa, con artistas rusos. «Me siento aquí muy cerca de Europa y muy, muy lejos del hermoso Chile con sus montañas exóticas y su clima delicioso», decía en carta a un amigo de Santiago. Ni recordaba ya los propósitos de venganza que, en carta de Puerto Varas, le exponía al mismo amigo a raíz de saber su imprevista eliminación de la Escuela de Bellas Artes de Chile.

Un día, viajando en el ferrocarril subterráneo de Buenos Aires en compañía de su mujer, vió en el carro repleto de pasajeros el mismo diario de la tarde en muchas manos, y en la primera página que todos leían, el nombre en letras grandes de Boris Grigoriev, y sus bretonas y sus tipos rusos que llenaban la página.

Días más tarde, los cuadros empezaron a dispersarse: ministros, periodistas, hombres de gusto y de fortuna fueron quedándose con las telas, y una verdadera disputa se inició por la posesión del enérgico Máximo Gorki, el de puño amenazante para golpear sus doctrinas sociales. Fueron la gloria y el provecho juntos, fué la conquista del lejano y riquísimo mercado argentino, codiciado por la brega artística de Europa.

Catorce telas quedaron en los primeros días en galerías particulares de Buenos Aires. «Todo marcha bien. Viva la América del Sur y viva el iniciador Isamitt que me invitó», escribía después. Y Buenos Aires engendró a Montevideo en la carrera del artista; se le llamó del Uruguay, lo solicitó el Gobierno, le ofrecieron salas para sus exposiciones, y el reguero del éxito atravesó las anchas aguas del Plata.

Así, de capítulos amargos y de capítulos gloriosos se compuso el libro sudamericano de la vida de Boris Grigoriev, pero sin el primer capítulo, ninguno de los otros se hubiera escrito, y en el total la aventura es la aventura del conquistador.—DI L E T T A N T E.

<https://doi.org/10.29393/At57-10TCMU10010>

El teatro y el cine

UN FILM que acaba de ser presentado a un reducido número de personas, y otro que ha empezado a circular triunfalmente por el mundo, confirman, según ciertos críticos, la victoria de la vieja pantomima imprecisa y evocadora sobre el drama, convertido en ciencia por el *métier*. Los que así razonan entienden que el teatro pa-

recerá mañana tan difuso como las comedias en serie que regocijan a los chinos.

—A menos, añaden, de que el teatro sepa evolucionar bajo la influencia del cine.

Y si alguien intenta un objeción, concluyen:

—El arte mudo será el único espectáculo del porvenir.

Allá veremos.

Ha muerto el teatro tantas veces, según el peregrino buen o mal humor de los críticos, que a nadie impresiona un sepelio más. Después de atravesar épocas difíciles, desafiando tiranías y dogmas, siempre resurgió de sus despojos, y escapó a su propia descomposición. Quizá es por eso que Talía, Melpómene y Terpsícore pueden oír sin enojo la voz airada de los que cantan funerales sobre sus tumbas. ¡Están tan seguras de sobrevivir a sus sepultureros! Seguirán modificándose como hasta ahora, aceptarán nuevos aportes de pensamiento, se defenderán del utilitarismo de sus sacerdotes, desafiarán la inmovilidad de sus fieles, y marcharán por caminos insospechados hacia el futuro. A cada nueva caída, echarán raíces más hondas en la costumbre y en el corazón de los pueblos.

El error de ciertas inducciones apresuradas estriba, a mi juicio, en hacer del cine un rival, o un sucesor, del teatro. Entre el primero, que, por así decirlo, acaba de nacer, y el segundo, que cuenta su existencia por decenas de siglos, hay la distancia que media entre un lejano antepasado y un niño muy niño, que acaso hereda algunas particularidades de su abuelo, pero que tiene vida y desarrollo autónomo.

No es posible imaginar todavía lo que ese infante, que ya nos desconcierta con los maravillosos horizontes que abre a la creación y al ensueño, llegará a ser así que se despoje de las reminiscencias extrañas y de las imposiciones de un público que todavía no sabe pedirle, en muchos casos, más que la comedia divertida o las emociones del folletón.

Así como el teatro tiene su reino en la realidad, la palabra, la lógica, acaso dominará el cine mañana los caminos del infinito, la fantasía y la imaginación.

Y no falta quien se pregunte:

—¿Surgirá un arte nuevo?

¿Por qué no ha de surgir?

Prisionero de la costumbre, el *film* empezó siendo una copia descolorida y un remedo barato del teatro; y así vimos, al principio, transpuestos (en imágenes inexpresivas que parecían lamentarse de su mutismo, puesto que habían sido creadas para el verbo) los dramas clásicos que triunfaron en todos los esce-

narios. La evolución de todo lo que vive llevó, después, al cine a explorar terrenos de más amplio decorado y a invadir el mundo de la novela y del relato de aventuras.

Pero éstas no pueden ser más que las etapas de una individualidad que busca su orientación.

Es tan absurdo hacer cine con los procedimientos del teatro o de la novela, como lo sería hacer teatro con los procedimientos de la novela o del poema lírico. Cada género tiene su razón de ser y su superioridad. La pintura el color; la escultura la forma; la palabra el pensamiento; la música la armonía. El cine, mudo por definición, no ha de obstinarse en invadir los dominios de la palabra.

—Pero si precisamente se trata ahora de crear el cine hablado...—dirá un lector.

—Será un error—nos atrevemos a contestar nosotros.

El cine sólo resultará realmente grande y cumplirá sus destinos, si crea nuevas formas de emoción, explorando reinos y latitudes que escapan a la novela y al teatro, para dar, al fin, al ensueño, a lo irreal, a lo fantasmagórico un molde no encontrado aún. Así ascenderá a esferas superiores, como nueva expresión de la belleza. Y no es aventurado creer que esta última forma encontrada por el hombre para reflejar el infinito que lleva en su alma, revelará floras y faunas nuevas en el océano de la vida.

No corre el teatro, en medio de todo, peligro alguno. A medida que el cine vaya depurándose, se alejará de él. La obra empieza cuando el artista se despoja de los recuerdos y siente con su propio corazón.

El cine acabará por decirse:

—Nada de novela, nada de pintura, nada de teatro...

Como su papel es sugerir y sus medios de expresión abarcan lo real y lo irreal, como puede ofrecer al mismo tiempo la acción y las imaginaciones que la determinan, no hay límite que se oponga al talento de los creadores. Hasta ahora el autor de escenarios cinematográficos ha sido, por lo general, un *méteur en scène*. Resabio de los tiempos en que sólo se trataba de parodiar obras conocidas de la literatura. Pero mañana se levantarán al rededor del cine intelectuales especializados, que serán tan geniales y tan célebres como los que hoy dominan la novela, el teatro, la pintura o la música. Lo que empezó siendo un juguete para niños, se habrá convertido en fuente de elevación para toda la humanidad. Y sin que el teatro muera, habrá nacido una nueva forma de expresión.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.